

Academia Bernialbir

Abrióse de par en par nuestra "Ventana al Ayer" porque los rayos fulgurantes de la ciencia y el arte, la cultura y las letras desearon asomarse al interior del templo del recuerdo. Ese recinto sagrado, que es la rememoración de las cosas y de las gentes, quiere albergar hoy un cuadro vivo aún en las personas y en los lugares. Porque no hay lejanía ni proximidad para la recordación de las grandes obras. Y lo fue aquella Academia Bernialbir, que se ubicó en la "cambra" del edificio que ocupara en sus bajos el *Bar Lledó* y en su primer piso el taller del sastre Devesa. Era la conjunción maravillosa del golpetazo de la ficha del dominó sobre el mármol de la mesa del bar, del garbeo grácil y señoritingo de las modistillas que esperaban la apertura del taller, y de las carreras alocadas de una juventud estudiantil que invadía la calle a la espera de D. Carlos anunciado ya por su perro cojituerto, al que llamaba *Dòc*. No se podía pedir más representación de los estamentos de la sociedad alteana: el ocio o el descanso en la tarea del hombre, la mujer en trabajos fuera del hogar, y la promesa de una juventud que estudia la matemática y el latín, la geografía y el lenguaje, para navegar rumbos y mares inciertos.

La ACADEMIA BERNIALBIR —los dos flancos de Altea, la sierra Bernia y el altivo Albir— abrió aquel trastero alto del edificio y arregló un aula con pizarras sobre la enyesada pared. En el resto de la "cambra" algún ratoncillo obligaba carreras de *Dòc*

o escobazos de Jaime "el Ganchillo".

Dentro —alguien le llamaba el suplicio o el purgatorio— silencio con latines y fórmulas matemáticas que sonaban a chino. Pero, aprendimos chino. Y ahí estuvo el mérito y la gloria de aquellas clases de ciencias o de letras: en la perseverancia de un hombre que la supo inculcar: Don Carlos Guillén Mollá.

No es larga la historia, pero sí fue inmensa la lección. Llegó a Altea un maestro nacional en paro obligado e impuesto por los avatares de aquella olvidada guerra. Pero su única vocación afloró y dio fruto: La enseñanza. Primero, dos, tres alumnos en la Farmacia de *Dalt*, enseguida la apertura de aquel primer "Instituto" mixto que Altea dio a sus jóvenes que salían de la primera enseñanza, sin posibilidad de continuar estudios de bachiller, maestro, perito... Y la obra fue a más, el alumnado aumentaba. Don Carlos pidió ayuda y se incorporó D. José Morote, y después el que esto escribe, más tarde D. Juan, y después D. Jaime Navarro. Se formó un equipo, y en la Academia se preparaba desde ingreso hasta examen de Estado, Magisterio y Profesor Mercantil.

¡Cuántas horas de logaritmos, de César, de Dogmas, de logos, de físicas y químicas, de complementos directos!. ¡Cuánta alegría desbordada durante el café de las 11 de los profesores!. ¡Cuánto lloriqueo femenino por el enfado de D. Carlos!. ¡Cuánta pataleta por las 100 copias del musa-musal!. ¡Cuánto ruido y jolgorio a la salida del mediodía!. ¡Cuánta



Academia Bernalbir

por **RAMÓN LLORÉNS BARBER**

Arriba: de izquierda a derecha: Andrés Calvo Guardiola, Jaime Pérez Ronda (Ganchillo), Paco Zaragoza y Ramón Lloréns Barber. Años 1950.



queja del sastre por los saltos y piruetas de todos al quedarse un rato sin D. Carlos!. ¡Eternos, inmutables recuerdos de la estudiantina!. ¡La pequeña Universidad cosmopolita de Altea acogiendo alumnos de Alfaz, Bolulla, Benidorm, Villajoyosa...!

Y la obra dio frutos, porque muchos, muchos terminaron su Bachiller, su Peritaje, su Profesorado Mercantil, su Escuela Normal. Y después la Universidad les recibió y les confirió ciencia y cultura, títulos y honores. Y como este cuadro de recuerdos que se asoma a nuestra "Ventana al Ayer" no está lejos en la distancia del tiempo, ahí están aquellos alumnos, convertidos hoy en médicos y maestros, abogados y militares, farmacéuticos y filósofos, comerciantes e industriales y sobre todo hombres y mujeres bien preparados para la sociedad. No quisiera hacer una nómina porque sería extensa, pero sí debéis permitirme que os recuerde a los que ya están más allá del sol y del infinito. Recordemos a Don Carlos, forjador de voluntades y de constancias; a Joaquín Ramón Llobell, rebotante de jovialidad; a Miguel Ferrer Albalat, grandullón de cuerpo y alma; a D. Juan, con su ceceo afrancesado; a Sebastián Pérez Lledó, elegante y espiritual. Todos se fueron a bordo y por el mar de la existencia hasta la cumbre del azul.

Pero de entre los que permanecemos quiero hacer un piropo a las chicas que nos alegraron con sus caras guapas y risueñas, sus risas atipladas y su corazoncito juvenil en disputa permanente. Porque ahí están las maestras Mercedes Pérez Devesa y María Lloret, la farmacéutica local Mengual, la licenciada en Ciencias Exactas Clarita Ramón Llobell, las amas

de Casa, Carmen Martínez, Clara Cortés, Antonia Lloret, Pepita Zaragoza Pérez... ¡Huella indeleble de años mozos en los que aprendimos a ser hombres y mujeres, al tiempo que Jenofonte y Galdós, Pitágoras y Einstein, Rey Pastor y Goñi nos guiaban hacia la Universidad!

Por eso y sólo como prueba argumental, queridos estudiantes de aquella Academia Bernalbir, no os molestéis si recuerdo aquí a la milicia con Jaime Aznar, a la medicina con Paco Zaragoza, a la ciencia con Agustín Miñana, a la filosofía con Paquito Zaragoza Such, al derecho con Andrés Calvo Guardiola, a la técnica con el arquitecto Juan Miguel del Rey Aynat... Y como anécdota debo recordar a *Batistet Armada* en un examen de Historia. El Tribunal le pide la lección 4ª del programa. El alumno lo abre y sin más dilación pero premeditadamente recita con voz enérgica y segura la lección aprendida sobre los Reyes Católicos. Por supuesto no era la 4ª. El tribunal, distraídillo, le va escuchando sin advertir el trueque de tema que ha hecho el despierto *Batistet*, quien aprueba sabiendo una sola lección del programa. *Bautista Armada*, la que armabas en tus exámenes... El querido Don Francisco Morote te salvaba *in extremis*...

El recuerdo se agranda hasta el infinito al repasar esa nómina de más de 200 alumnos que pasaron por la fenecida Academia Bernalbir, remembranza que se hace perpetua en aquel maestro que enseñó a tantos y que fue Don Carlos Guillén Mollá.

¡Que sea este escrito un homenaje de gratitud de todos aquellos que de don Carlos aprendimos la ciencia o la letra, el saber!



Abajo: De pie, de izquierda a derecha: María Rostoll, Lola Mengual, sin identificar. Sentados, izquierda a derecha: sin identificar (Podría ser Maruja Durá, la sobrina del Cura de aquella época), Antonia Lloret, Ramón Lloréns Barber, sin identificar, y Pepita Gállego. Años 1950.